

HISTORIA DE UNA ESQUINA

Por Federico Villoch.

DENTRO de unos meses se levantará en la Calzada de Galiano, acera de la derecha y tramo comprendido entre las esquinas de Concordia y Neptuno, un magnífico edificio que, según el modelo del mismo que se ofrece al público en una de las vallas de la fabricación, será uno de los mejores de nuestra cada día más bella y populosa capital habanera. Pocas de nuestras esquinas, como esa de Galiano entre Neptuno y Concordia, han experimentado tan continuas y notables transformaciones, en un espacio no mayor de treinta y pico de años. Hasta no hace mucho, era ese lugar uno de los más pintorescos y originales de la Habana. Robustos y coposos álamos—creemos recordar que eran tres, espaciados frente a la verja de entrada de la antigua casa-quinta—crecían en sus aceras, dándole sombra y frescura al sitio y brindándole techo y refugio, a la hora de la siesta, a los peatones y los coches que por la ancha calzada transitaban en esas calurosas horas del mediodía, como también lo alegraba el incesante piar de los inúmeros pajarillos que en su intricado y pomposo ramaje se anidaban... Cuando en su día fueron arrancados de raíz estos hermosos árboles, no sin protesta de las personas de buen gusto y amantes de la tradición, puede decirse que fué cuando dió comienzo la transformación de aquellos pintorescos lugares, que así de modo tan sutil e imperceptible se inicia la quiebra de los más robustos y consistentes organismos.

Por la amplitud de la casa-vivienda, anchura y disposición de los patios en que crecía una frondosa arboleda y se levantaban numerosos departamentos destinados a la servidumbre, a las caballerizas, a las cocheras, palomares, gallineros, etc., parecía aquella casa una quinta de Marianao o del Cerro transportada, por capricho, al centro de la ciudad; cuando era la casa solariega de la acaudalada y distinguida familia de los Barrenas, cuyas fiestas, recepciones y saraos fueron célebres en la Habana de allá por los años de 1850, 70, etc. El pronunciado declive que se nota en el frente, por la calle de Neptuno, y que se insinúa desde la esquina de Aguila y San Miguel, proviene de una gran hondonada que allí existía desde los tiempos de la antigua Habana, llamada el «Hoyo del Inglés», a causa de vivir en lo profundo de dicha hondonada un natural de Inglaterra que se dedicaba a la herrería, y que tenía su misera choza en el propio sitio que ocupa hoy la iglesia metodista, levantada en la esquina de Neptuno y Aguila, donde hace años existía un tren de coches propiedad de Domingo Rosillo, padre del aviador del propio apellido. En la esquina de Aguila y San Miguel, cuando se realizaban las obras de alcantarillado, apareció un caudaloso manantial



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

21

DE LA MARINA, llamado José Triay, encarnación de la actividad periodística y productor incansable, maestro en el difícil arte de manejar la tijera para rellenos del periódico: la poesía premiada tenía por título «Soy la canción regional». La exposición infernal, instalada en los bajos de esta casa de Galiano y Neptuno, fué un caso de originalidad atrayente. La Colla logró poner la primera piedra en la loma Tadino, de la Ermita de los Catalanes, enterrando en el corazón de la misma una cajita de plomo conteniendo una moneda de cada clase y un ejemplar de los periódicos que se publicaban en la Habana. En la época de la guerra de independencia, el general Weyler mandó construir una trinchera, precisamente en donde estaba la cajita de plomo; y los zapadores del ejército la rompieron con su pico; y ya lo demás puede suponerse. Eran muy concurridos y celebrados los bailes de carnaval de la «Colla». En uno de ellos nos ocurrió un lance carnavalesco, asaz cómico, al confundirnos una mascarita con un joven muy nombrado entonces, estudiante de medicina, llamado Paquito Dumás, a causa de las patillitas alfonsinas que ambos usábamos, según la moda de la época; pero eso dejémoslo para otro día...

Entre la verja de entrada por Galiano y la esquina de Concordia en la que funcionó durante mucho tiempo una venta de billetes de la lotería, mantuvo abiertas sus puertas años y años la célebre frutería «El Camagüey», donde según su animoso propietario se le ofrecían al público: «los mejores aguacates de la famosa finca tal»; «los exquisitos y succulentos mameyes de la renombrada hacienda cual»; «los más dulces anones de las arboledas de Vuelta Abajo»; «los mejores y más sabrosos quesos de las más acreditadas queserías de Puerto Príncipe, etc., etc», sin perjuicio, la más de las veces, de haber comprado tales frutos en los puestos de la plaza del Vapor, entonces en todo su apogeo; o en los de la del Poivorin, que allá se le iba en importancia. «El Camagüey», respetable competidor de «El Anón del Prado», era el oasis de la Calzada de Galiano. Crecía a su entrada uno de los más frondosos álamos sembrados en aquella acera, de que antes hablamos, comunicándole a la frutería el grato frescor de su sombra y el murmullo adormecedor de su ramaje. El dueño de la frutería «El Camagüey» era un hombre decididor y atrayente, casi siempre vestido de blanco, a quien le llamaban «Enrique». Sin que se supiese el motivo, un día, aprovechando la ausencia momentánea de su familia, se suicidó en su domicilio de la Vibora, disparándose un tiro en la sien...

Por el lado que daba a la calle de Concordia existió durante mucho tiempo una ebanistería o carpintería de muebles; y también un almacén de tabaco en rama: eran tan amplios aquellos terrenos de la antigua casa de los Barrenas, que había sobrado sitio para todo. ¿Cómo no se le ocurrió al Gobierno adquirirlo para Bibliotecas, Museos, Escuelas, y también para un Teatro Nacional; pero, nacional de los cubanos?



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

que costó enorme trabajo cegarlo, y del que se surtían los vecinos cuando faltaba el agua en la ciudad. Otra esquina de la Habana, esa de San Miguel y Aguila, que también ha experimentado una completa transformación: durante años levantóse en ella una elegante mansión aristocrática; y también, al lado, estuvo allí mucho tiempo el almacén de tabaco en rama del señor Ibor, desplazados actualmente, una y otro, por un vulgar edificio de apartamentos.

Una verdadera, oportuna e interesante historia la de esta esquina de Galiano, que quisiéramos brindar a nuestros lectores con lujo y abundancia de fechas, nombres, recuerdos, detalles, apuntes, pormenores, etc., desde su más remoto comienzo, hasta su actual presente que puede darse ya por término y fin de sus numerosas mutaciones; pero no poseemos más archivo que el de nuestra flaca memoria, y a él hemos de atenernos como siempre que escribimos alguna de estas nuestras viejas postales descoloridas. Cuantos habaneros de más de cincuenta años pasamos y nos detenemos hoy ante este tramo de la Calzada de Galiano, al fijar la vista en los derribos y desplazamientos que allí se llevan a cabo para levantar el colosal edificio que se proyecta, se nos figura — así a los del sexo masculino, como al del femenino — que es nuestra propia existencia la que va cayendo a pedazos, rememorando, éstas y aquéllos,

sus alegres noches juveniles de bailes y lances carnavalescos, en las sociedades de recreo y adorno que allí estuvieron instaladas por los años de 1884, 86, 90, etc., «Aires d-Miña Terra» y «La Colla de Sant Mus», que tanto contribuyeron a la cultura y recreo honesto de la Habana de aquel entonces.

En esta esquina empezó y acabó la sociedad catalana «La Colla de Sant Mus», justo es, pues, que le dediquemos unas cuantas líneas, aparte, en la redacción de esta postal descolorida. No cabe dudar que los catalanes de aquella época enseñaron a los demás «regionales» a divertirse. Con don Leonardo Chia y Alba a la cabeza de la directiva, la Colla organizó una serie de fiestas azas pintorescas y animadas. Recuérdese el baile de «La Rata Pinjada» (murciélago) celebrado en Tación con premios, entre otros, un «pardesus», dos cubiertos de plata, un traje completo, una trusa de baño, etc., etc. Había entonces muchos artistas catalanes, residentes en la Habana. Uno de los que dibujó los medallones de la «Colla» fué don José Piera, famoso retratista al creyón, que murió achicharrado en un incendio de la calle de San Rafael, por dormir en una azotea cerrada de fuertes rejas. Ventura Trocha, que fundó el salón teatro «Trocha», luego convertido en hotel, fué uno de los presidentes de la «Colla», con el doctor Jover de vicepresidente: eran íntimos amigos, y fueron después dos litigantes encarnizados por intereses mutuos.

«La Colla» celebró unos juegos florales cuya flor natural la obtuvo un andaluz que era una máquina para escribir a mano y llenar el DIARIO



4

En la esquina de Neptuno estuvo abierto durante años un café propiedad del asturiano Ramón González, amabilísima persona que fungió de vez en cuando de empresario de los teatros que se abrieron más adelante en la parte alta del edificio, como el «Cuba» y el «Molino Rojo». En los primeros meses de la primera intervención americana se abrió el teatro «Cuba», aprovechándose la efervescencia patriótica que se había apoderado del público, siendo esta vez el empresario Generoso González, que acababa de serlo en el teatro «Irijoa» de una compañía de bufos cubanos, sirviéndole de director Manolo Saladrigas, el aplaudido autor del sainete «Guanabacoa la Bella», estrenado con gran éxito por aquellos días en el teatro «Lara», de Consulado y Neptuno. Del teatro «Cuba» se recuerdan los artistas la Camagüeyana, Rosita Bea, Loreto, Campos, la mejicana, la Prin y otras; y la obra que tan popular se hizo, de don Joaquín Robreño, titulada «El Alcalde de la Güira».

Al teatro «Cuba», que murió de «botellitis aguda», porque todo el mundo se creía con derecho a entrar de guagua—no se iba a andar con boberías entre cubanos—siguió el «Molino Rojo», casi siempre financiado por Ramón González, el cafetero; y después el «Regina», que a todo lujo y costo levantaron allá por el 1923, los inexpertos y soñadores hermanos Chaple. En las salas del «Cuba» y el «Molino», levantadas las lunetas que eran de vulgares sillas de rejilla, se daban bailes durante las temporadas carnavalescas. Estos dos últimos teatros, el «Molino», ora financiado por Hornedo; ya por Ramón, el del café; bien por Agustín Puig, «a puro pecho», como se dice en la jerga teatral; y el «Regina», por Estrada, die-

ron vida y nombre a tres artistas populares y notables, cada una en su respectivo género: Chelito; Amalia Sorg; y Rita Montaner; Chelito, la célebre coupletista madrileña, que presentaron en la Habana Costa y Misa; Amalia Sorg, la del bello cuerpo de líneas impecables, reina durante más de una década de la rumba, amén sus creaciones escénicas como la «Señorita Maupin» y otras; y Rita Montaner, la dulce y sandunguera criolla de «Mamá Inés», intérprete sin igual de nuestros cantos más populares.

El clou del espectáculo a que daba vida la Chelito consistía en el picaresco y famoso couplet «La Pulga», que entonces resultaba de una intención y un atrevimiento inusitados; pero que hoy sería completamente sobrio e inofensivo. La Chelito lo cantaba con suma gracia, y con una picardía tan comedida, que alejaba todo pecaminoso pensamiento; buscándose el vivaz y punzante insecto del orden de los dípteros, aquí y allá, en todas las regiones de su lindo cuerpo, y demostrando en sus gestos, guiños y rascaduras, los saetazos que el animalito causaba en su fresca carne rosa; hasta que en uno de aquellos nerviosos movimientos se le corría la camisa de un lado; y rápida, la volvía a colocar en su sitio... Y eso sólo fué lo suficiente para tener el teatro abarrotado noches y



5

noches, durante semanas y meses. Porque «La Pulga» era un pretexto. La verdadera pulga era Consuelito Portela, la Chelito, que picaba en las almas de jóvenes y viejos; no dejándoles un momento de reposo; y sintiéndose, no obstante, todos muy satisfechos de aquellos sabrosos saetazos. Por una de las interesantes charlas radiofónicas con que nos deleitó hasta hace poco la aplaudida artista dramática, Hortensia Gelabert—la de la voz inconfundible—nos enteramos de que fué Chelito una de las víctimas más azotadas por la extinguida guerra civil que ensangrentó el suelo de la madre patria: la revolución la sorprendió en Madrid, dejándola en la más absoluta miseria; y conservó la vida gracias a haberse asilado en el edificio de la Legación de Cuba, donde permaneció, desde que estalló la guerra hasta su final. Una vez más, Cuba la acogió cariñosa en su seno...

En la época en que se cerro el Molino Rojo, por los años 17, 18... compró aquellos terrenos el acaudalado y conocido hombre de negocios don Regino Truffin, con la intención de realizar una de aquellas pingües operaciones bursátiles que tanto se daban en la danza de los millones; pero, como es sabido, la danza tocó sus últimos compases cuando menos se esperaba, y Truffin, que tenía, como se dice, «una brasa de candela en la mano», procuró salir de aquel mal asunto cuanto antes. Fué en aquellos días cuando la empresa López y Villoch, del Teatro Alhambra, intentó arrendarle por algunos años al señor Truffin el local que ocupaba el Molino Rojo para abrir allí un teatro del género criollo destinado a familias; pero aquel correctísimo y honrado caballero, de inolvidable memoria, puso a los dichos empresarios en autos de sus intenciones, y se desistió del propósito. El arriendo para levantar el teatro «Regina», creemos que se hizo, después, con los señores Manuel García y Vicente Sánchez, hipotecarios del terreno.

Después de permanecer cerrado algunos meses el fracasado teatro «Regina», el activo y entusiasta empresario de cine, señor Varcroel, levantó unas paredes y unos techos que dieron nombre a llamarse, para el caso, «Radio Cine»; pero he ahí que sus horas como las de «Aires de Miña Terra» las de la «Coila de Sant Mus», las del teatro «Cuba», las del «Molino» y las de «Regina» estaban contadas, hasta que vino un señor Manuel Rodríguez, conocido por el «Buey de Oro», por sus cuantiosos caudales, y dió comienzo a las obras estupendas de ese colosal edificio que dicen que costará millones, y que contendrá en su seno un teatro con cabida «para cien mil espectadores», departamentos para otros tantos inquilinos, y tiendas y talleres y establecimiento y almacenes, para no menor número de obreros, empleados comerciantes e industriales: nuestro EMPIRE STATE BUILDING, como quien dice...

Este señor Rodríguez, gallego de nacimiento, es



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

un hombre que mide poco más de un metro de estatura. He aquí una vez más confirmados el impositivo de las contradicciones y la ley de los contrastes, en las realidades de la vida: un hombre «tan chiquito» levantando un edificio tan «grande».

Ese jovencito de catorce años que contempla curioso las obras que se realizan en ese tramo de Galiano entre Concordia y Nepuno, desafiando el peligro al asomarse al borde de las profundas zanjas y las escarpadas faldas donde van a echarse los cimientos del extraordinario edificio que se proyecta, dirá mañana, cuando sea un viejecito tembloroso octogenario, al detenerse ante este propio sitio, con cierto dejo de orgullo, y humedecidos los ojos por la niebla sutil de la añoranza:

—Yo vi echar los cimientos de esta enorme casa; yo la vi levantarse metro a metro y día a día; yo presencié el acto solemne de clavar los albañiles la bandera en lo más alto de ella, cuando se dió por terminada la obra; hace setenta años

Como este otro viejecito que está hoy al lado de él, y que se asombra de esas excavaciones, y que no se atreve a miraras de cerca, temeroso de sus temblecas y vahidos, dice al presente:

—Yo y los de mis tiempos hemos visto echar abajo esta esquina tan llena de recuerdos para los descoloridos de 1880 a 1939; y con cada uno de esos paredones hemos visto caer también pedazos de nuestra vida; horas de expansión y contento que un día gozamos; la costumbre, el hábito de ver durante tanto tiempo el teatro «Cuba», «El Molino Rojo», «El Regina», la frutería «El Camagüey», «El Radio Cine», las salas de bailes, las tiendas y exhibiciones varias que se establecian en aquella sucesión de edificios que cubrieron, a través de los años la mitad de una de las más céntricas manzanas de nuestra capital. Y así va el tiempo derribando y levantando esquinas; y he aquí la sucinta historia de ésta, una de las más populares de nuestra Habana, desaparecida en breve de ante nuestros ojos, como una decoración de teatro que ya cumplió su cometido, al tocar Padre Crono el timbre de las mutaciones como viejo escenógrafo del Gran Teatro de la Vida...

Lu
Nov. 26/39.